

Ruth Pérez Aguirre

# CUENTOS



Santiago, Chile, 2016



Cuentos por Ruth Pérez Aguirre se encuentra bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/).

Coedición

Ediciones hTurquesa Cartonera

[edicioneshturquesa@yahoo.com.mx](mailto:edicioneshturquesa@yahoo.com.mx)

[ruthperezaguirre@yahoo.com.mx](mailto:ruthperezaguirre@yahoo.com.mx)

<https://www.facebook.com/Ediciones-hturquesa-361427950624203/?fref=ts>

@Olga Cartonera

[www.olgacartonera.blogspot.com](http://www.olgacartonera.blogspot.com)

Twitter: @olgacartonera

[olgacartonera@gmail.com](mailto:olgacartonera@gmail.com)

Colección. LaNiñaCartonera

Diseño Isotipo: Fernanda Pasten

Ilustraciones interiores: Carmen Gloria Quiroz

Este ejemplar n°\_\_\_\_\_ es único, original e irrepetible y está hecho a mano por Olga Cartonera

Santiago, Chile, 2016









## Mandíbulas agotadas

Tomatino es un glotón, su vida era la comida. Su lengua, dientes y mandíbulas no tenían descanso a ninguna hora porque incluso mientras dormía estaban en actividad, soñando con platillos que le gustaban, y con otros nuevos jamás saboreados; eso le hacía mantener en movimiento todo lo que hubiera dentro de su boca.

Un día, le dolió una muela, el doctor tuvo que anestesiarlo para curársela porque no se estaba quieto en la silla. Fue así que al fin las mandíbulas dejaron de moverse.

--¡Hey! --dijo la lengua— pongámonos de acuerdo; debemos hacer algo antes de que este glotón termine con nosotros.

--Es cierto --dijo muy triste uno de los dientes-- miren, ya descompuso una de nuestras muelas. Es urgente que tracemos un plan para librarnos del agotamiento en que nos mantiene, el desgaste que ejerce sobre nosotras sin importarle nada. ¡Juguémosle una broma!

Los dientes, cuando vieron perdido a uno de sus familiares se alarmaron, y estuvieron de acuerdo que era necesario actuar sin demora para hacer entender a Tomatino.

--Nosotras, las papilas gustativas, nos cerraremos para impedirle que disfrute la comida; a partir de hoy, el glotón dejará de sentir cada uno de los sabores al mismo tiempo. Sólo jugarán las de un único grupo.

--Sí, sí, es muy buena idea –dijeron las del sabor agrio— seremos las primeras, las demás se quedarán cerradas, en especial las de los sabores agradables. ¡Es hora de que descansen!

Cada alimento que ingirió Tomatino ese día le supo mal, incluso llegó a vomitar. Sentado a la mesa, parecía un ogro a punto de devorar cuanto veían sus ojos con un cuchillo y una cuchara en una mano, y un tenedor en la otra. El hambre lo desesperaba, pero no podía comer nada porque todo le era desagradable. Lloró la mañana entera. En la tarde tuvo una idea que le pareció brillante: ir a la huerta y comer las frutas que él cortara directamente del árbol...

--Chom, chom, chom chom. Agggghh esto es una fresa—; esto es un duraznagrio—; entonces corrió a un platanal y al probar un plátano dijo llorando: --esto es tan sólo un platanagrio.

Lo mismo ocurrió con la uvagria, sandiagria, mangagrio, melonagrio y la piñagria.

Fue inútil; tuvo que escupir uno a uno los bocados porque estaban tan agrios que ni siquiera un paladar desesperado podría aceptarlos. Ansioso le daba vueltas a las frutas pensando que podía encontrar una parte que supiera deliciosa... pero sabía que era inútil. Sin embargo vio que las hormigas que pasaban por ahí se las comían con deleite o se llevaban los pedazos a sus espaldas para transportarlos a casa.

Tomatino el glotón  
fue al huerto  
y fruta no comió  
La ra lá la ra la la lá  
Tomatino el comelón  
al fin su boca descansó

Tomatito el glotón  
nada encontró  
ahora lo conocen como  
Tomatino el llorón.  
La ra lá la ra la la lá

Cantaban la lengua, las papilas, los dientes y las mandíbulas, pero Tomatino no dejaba de llorar.

Regresó a su casa perseguido por esas voces que salían de su boca y que lo acompañaron hasta la cocina. Pidió a gritos que le trajeran un pastel. Cuando lo vio, no esperó más y se abalanzó para comerlo entero antes de que la mamá cortara una rebanada. Agrio, agrio, agrio... cualquier cosa que se llevara ese día a la boca estaba agria.

--El pastel está echado a perder, mamá, ya no sirve, tíralo --le dijo desilusionado.

Cuando al fin se durmió, los dientes, las mandíbulas, la lengua y las papilas estaban felices.

--¡Hurra! ¡Le hemos ganado la batalla! --decían contentos.

--Esto no termina aquí --dijeron las papilas saladas-- no creemos que haya entendido el juego tan pronto.

Al día siguiente, Tomatino se levantó con un hambre feroz que le punzaba los intestinos y el estómago, reclamándole por cualquier cosa que pudiera comerse. Fue al refrigerador y tomó la botella de leche para beberla directamente pero cuando iba a la mitad...

--¡Puaf! ¡Qué asco! --Exclamó-- Mamááá, ¿quién le puso sal a la lecheeee?

Apresurada, la señora fue a probarla y comprobó que sabía igual que siempre pero Tomatino seguía diciendo que no era así, que tenía bastante sal. Le dio una manzana, y también la encontró salada; le daba una cosa y otra, principalmente aquellas que son dulces y...

--¡TODO TIENE MUCHA SAAAAAL! --gritaba el glotón

escupiendo los bocados— por favor mamá, tira toda la sal que tengas en la cocina, no quiero verla.

--No puedo tirarla, hijo, si lo hago tendremos muchos años de mala suerte –lo dijo desesperada no sabiendo ya qué decir o hacer para solucionar el problema de su hijo.

El niño se dio de golpes en la cabeza contra la pared, hasta que se le hizo un chichón. La mamá quiso ponerle aceite y sal para que se le desinflamara pero Tomatino sólo permitió que le pusiera aceite. Tocó su frente y embarró un dedo con el aceite, y también lo sintió salado. Corrió a cepillarse los dientes pero hasta la pasta tenía sal, y el agua parecía traída del mar.

La mamá le preparó unos panqueques con mucha miel y mermelada, a ver si con esto su lengua se endulzaba; pero le supo igual. Tomatino lloraba y sus lágrimas, hoy más saladas que nunca, caían sobre su desayuno dejando en la superficie unos puntitos brillantes de sal. Entonces pidió una tortilla de huevos y él mismo vio que la prepararan para que no le pusieran sal, aún así cuando se la sirvieron no pudo comerla.

--Seguro que las gallinas tomaron agua salada porque hasta los cascarones saben a sal. Lo mismo hicieron con los tomates y la cebolla, los regaron con agua del mar –replicó muy molesto quitándole todos los pedacitos de verduras a su tortilla.

--Así quería ver a este glotón –dijo la lengua satisfecha— está recibiendo su merecido.

Las papilas se reían, los dientes gozaban con las rabietas de Tomatino y las mandíbulas flojeaban al no tener nada que masticar. Pasó el día, y otra vez el niño se fue a dormir sin comer ningún alimento. Le dolían la cabeza y el estómago de hambre. Tampoco quería soñar con comida porque temía que en sus sueños también le supieran saladas. Sin embargo, esa noche Tomatino soñó que veía

un plato servido que no estaba repleto de comida, sino a medio llenar. Comió y comió hasta sentirse satisfecho.

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, fue al baño a ver su lengua. Tenía miedo de lavársela pero lo hizo... ahora el agua estaba amarga. Las papilas amargas, felices, se habían abierto desde muy temprano como flores con el rocío y el sol, en espera de amargar cualquier cosa que pasara encima de ellas. Aguardaban a que el glotón despertara para comenzar a jugar.

--¡No puedo más! ¡NO PUEDO MÁÁÁÁS! –gritó desesperado.

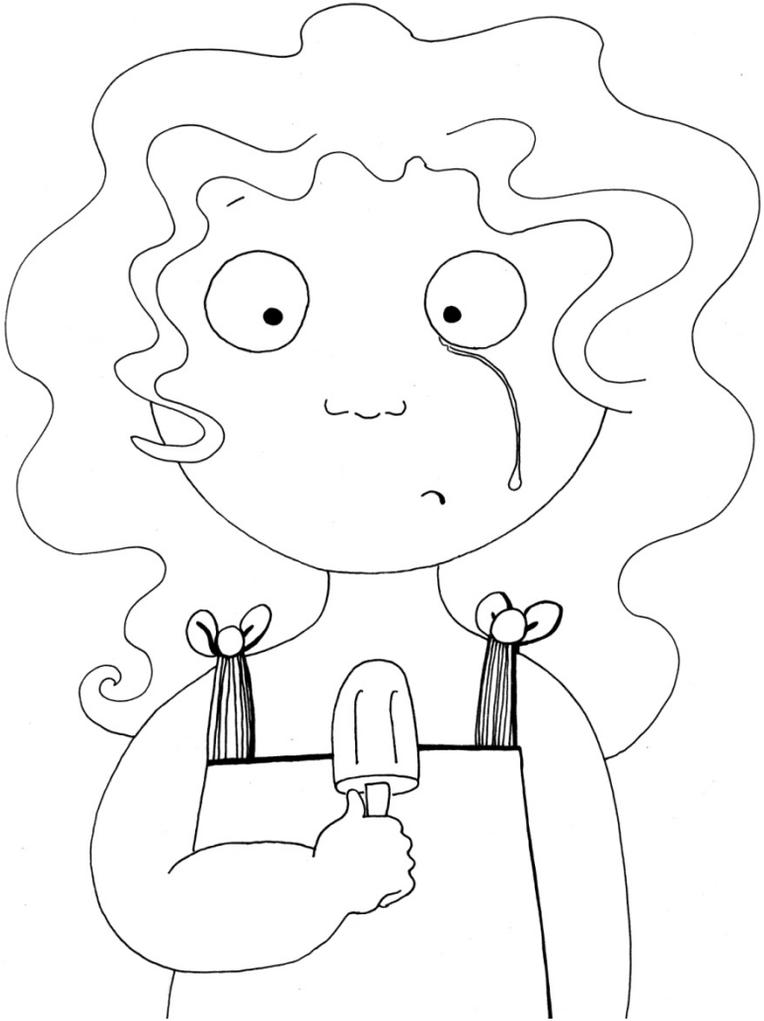
Los dientes, la lengua y las papilas rieron a mandíbula batiente.

--Hijo, --dijo la señora— creo que tu boca está cansada porque comes mucho. ¿Qué te parece si comienzas a comer cantidades normales? Mira, te preparé una pieza de pollo y ensalada. Seguro que te gustará.

Tomatino se sentó a la mesa y con temor cortó un pedacito de pollo, lechuga y tomate y se lo llevó a la boca.

--Mhhh, ¡mamá, está muy rico! –gritó de alegría— Sí eso era, mi boca estaba cansada de tanto trabajar y ha vuelto a la normalidad. Por fin encontramos la solución.







## DAME UNA PALETA

--Mamá, ¿me das permiso de ir a jugar a la casa de Clarita?

--Por supuesto, hija, siempre y cuando hayas terminado la tarea.

Como así era, Fabiola salió de su casa rumbo a la de su amiga; en el trayecto debía atravesar la plaza del pueblo. La tarde era tan hermosa que se detuvo un momento a contemplarla; los pájaros cantaban dentro de las copas de los árboles y de vez en cuando salían de uno para ir a otro, en parvadas o solos. A Fabiola le encantaban los pájaros porque le parecía increíble que siendo tan pequeños y frágiles pudieran volar muy alto y que llegaran a alcanzar las nubes.

Esa tarde, como casi todas las de aquel lugar tropical, hacía un calor sofocante; los niños en la plaza jugaban bajo la sombra de los árboles y la gente mayor tomaba limonada con hielo sentada en las bancas. Mientras la niña cruzaba la plaza vio que en una de las esquinas se encontraba un vendedor de paletas y, sin perder tiempo, corrió hacia allá a comprar una para refrescarse un poco.

--Buenas tardes, señor, por favor deme una paleta.

--¿De qué color la quieres? —le respondió el señor con una enorme sonrisa, la que a Fabiola le recordó las rebanadas de sandía; pero riéndose para sus adentros no dijo nada.

--No sé, señor, no me decido, tengo tanto calor que creo que el color es lo que menos me interesa, yo las escojo por el sabor.

--Entonces yo te ayudo, dime cuál es tu color favorito y ahora mismo te hago aparecer una igual— dijo, con una mirada llena de misterio que a la niña no le pasó desapercibida, por eso, para jugarle una broma le respondió:

--Pues quiero una azul cielo.

El señor empezó a buscar y buscar dentro del carrito de madera lleno de paletas y cuando la tuvo en la mano se la ofreció riendo a carcajadas.

--Aquí la tienes, ja,ja,ja,já, una paleta azul cielo como la pediste.

Fabiola sintió que el paletero se burlaba de ella, pero fastidiada del asunto y con ganas de devorarse cualquier trozo de hielo le preguntó:

--¿Y a qué sabe una paleta de este color?

--¡Pues sabe a un pedazo de cielo!

--¿Y cuánto cuesta la paleta de pedazo de cielo, señor paletero?—dijo Fabiola, deseando irse de ahí cuanto antes.

--Las paletas de este color no están a la venta, sólo se regalan. Anda, llévatela y saboréala con gusto, no cualquier niña tiene la oportunidad de adquirir una paleta como ésta.

Fabiola la tomó, dio la vuelta y se marchó. Pero después de dar un par de pasos se volteó a darle las gracias a ese extraño hombre al que nunca había visto ni en esa esquina ni en otra del pueblo.

--Gracias, se... --Se quedó sin terminar la frase porque vio que el paletero ya no estaba, tampoco su carrito de paletas. Fabiola dio vuelta en círculo y no lo vio por ninguna parte. Aunque extrañada, hizo un gesto alzando los hombros y dejándolos caer y siguió su camino. No bien había dado unos pasos más cuando se encontró

con dos niñas, un poco mayores que ella, que vestían de una manera extraña, de color azul de pies a cabeza. Pero lo más raro era que sus caras y manos, que era lo único que llevaban al descubierto, también eran azules, del mismo tono del vestido, exactos a la paleta e igualmente a sus cabellos.

--Anda, camina y deja de mirarnos, Fabiola --dijeron a la niña, que estaba asombrada de que supieran su nombre cuando jamás las había visto siquiera.

--Pero ¿adónde me llevan? --dijo, haciéndose a un lado para que le soltaran los brazos. No tengo porqué ir adonde ustedes vayan; de una vez se los digo, no quiero ir, yo voy a la casa de mi amiga Clarita a jugar y no puedo perder el tiempo yendo a otro lado.

--Pues lo sentimos mucho, niña terca, Su Majestad te está esperando y si tardas más, más enojada la encontrarás --contestaron al unísono las dos niñas que a Fabiola ya le estaban cayendo mal, pero muy mal. Cada una la tomó de nuevo de un brazo y la hicieron caminar más de prisa de lo usual hasta llegar a un lugar desconocido por ella. Mientras más avanzaban, Fabiola iba mirando con asombro el pueblo, lo veía transformado, como si nunca lo hubiera visto. Miraba desesperada a un lado y otro y no encontraba nada con lo cual identificarse. Su escuela ya no estaba en su sitio, ni en ningún otro; miraba hacia atrás y de la plaza no quedaba nada, las casas iban desapareciendo conforme las iban pasando... Estaba aterrada. No había un solo árbol que diera sombra, ni los cantos de los pájaros porque ya no estaban, ni un remoto trino podía percibirse; sólo un profundo silencio por todos lados. Las dos niñas y ella era lo único que formaba parte del paisaje. ¡Ése no era su pueblo lleno de flores y con mucho calor! ¿Dónde se encontraba? Un par de lágrimas escurrieron de sus ojos, tal vez las únicas

que le quedaban pues se secaron de inmediato dejando un tenue caminito de sal. Ya no pudo llorar, ¡sus ojos no tenían más lágrimas!

Llegaron por fin a un sitio donde fue conducida por un pasillo, todo en él era de color azul cielo, del mismo tono de los vestidos de las niñas y del mismo color de sus caras, cabellos y manos, y exactamente igual al azul de su paleta, que por extraño que parezca estaba idéntica a como se la había regalado el paletero, no se había descongelado en lo absoluto.

Cuando llegaron al final del pasillo se encontraron con un bellissimo trono recamado en piedras preciosas, azules también, y donde estaba sentada una mujer grandota, de cabellos azules, cara azul, manos azules y para terminar pronto, todo lo que tenía puesto o la rodeaba era del mismo tono de la paleta de Fabiola, e idénticas a las caritas y manos de las niñas guardianas.

--¡A ver, veamos a la acusada! –dijo la mujer a la que llamaban Su Majestad, usando un tono de voz chocante, estridente y regañón igual al de la directora de la escuela de Fabiola, la señora Enriqueta, alias “la voz de trueno”.

--Pe... pe... pero ¿de qué se me acusa, Su Real Majestad? –respondió Fabiola con un hilo de voz mientras las piernas y el cuerpo entero le temblaban de cansancio y de miedo— yo no he hecho nada malo, terminé mi tarea, pedí permiso a mi mamá para ir a la casa de mi amiga Clarita, salí y vi a un paletero...

--¡Basta! ¡Bastaaaaaa! –respondió la señora haciendo que los azules cristales de un ventanal se hicieran añicos con la vibración de su voz— no estoy aquí para escuchar cuentos de niñas bobas. Se te acusa porque te has comido una paleta azul de pedazo de cielo y con ello estás contribuyendo a que se acabe el lugar donde vivimos, que con tanto esfuerzo mantenemos de este color celestial.

--Pero Su Real Majestad, yo no sabía nada de eso, fue el paletero que...

--¡Basta, no quiero escuchar más tonterías! Por lo visto tú no sabes nada de nada. Esas niñas que están a tu lado-- dijo, señalando a las dos guardianas que no se separaban en ningún momento de Fabiola y no la soltaban aunque tratara de zafarse de sus manos--junto con otras que suman miles de millones, forman el color azul del cielo, y yo soy su reina, la que diseña sus vestidos y cuida de ellas para que siempre se vean hermosamente azules. ¿Habías visto alguna vez unos ojos tan azules y bellos como los suyos? ¿Cabellos tan sedosos y brillantes en ese color celeste que ellas tienen?

--Pero Su Real Majestad, yo les devolví la paleta a las guardianas, sólo me había comido un bocado cuando ellas aparecieron y me la arrebataron, yo no sabía que estaba...

--¡Que la lleven a encerrar! –Gritó la señora grandota con corona y cetros azules –que no salga de su celda hasta que yo decida qué haremos con ella. Mientras tanto, vístanla de azul y píntenle el cabello del mismo color.

--¡No, no, nooo, por favor, a mí nooooo! –Gritaba Fabiola mientras la dos niñas la alzaron de los brazos para llevarla suspendida, ya que se resistía a caminar. La paleta había quedado a los pies de la reina, intacta, sin derretirse para nada.

--¿No decías que era tu color favorito? –Aún agregó la reina riéndose burlonamente.

Las dos guardianas, acompañadas ahora de muchas más, llevaron a Fabiola hasta una pieza que parecía una celda por lo pequeña que era. Tenía en lo alto una diminuta ventana donde apenas entraba la luz, de lo estrecha que era. Todo estaba pintado en el mismo color que imperaba por doquier, incluso la puerta por fuera y

por dentro, según vio cuando la cerraron. El único mobiliario que había adentro era una camita decorada y forrada en azul, y una mesa pequeña con una jarra de agua y un vaso de cristal, ¡todo en el mismo tono! Fabiola llegó a creer que sus ojos ya no veían bien y por eso sólo distinguían ese color. Se miró los brazos y las manos y se las vio ligeramente azules por el reflejo que recibían.

Fabiola no sabía qué hacer, no podía responder a ninguna de las preguntas que se hacía, es más, estaba tan aturdida que dejó de pensar en cuanto agotó sus preguntas. Lo único que le pareció bien, fue encontrar agua fresca para ella sola. Empezó a tomar un vaso y otro y otro hasta saciar su sed. No le importó que el agua fuera del color del cielo y que supiera igual a la paleta y que más tarde la reina le volviera a reclamar injustamente que se estaba bebiendo un pedazo del lugar donde ellas vivían y que con tanto esfuerzo bla bla, bla...

Ya más tranquila después de tomarse casi completa la jarra, miró hacia la ventana y pudo distinguir que la tarde ya se había ido; no había sentido el paso de las horas. Había llegado la noche pero sólo podía ver un pedacito oscuro con chispitas luminosas. ¡Eran las estrellas! Notó que lucían más brillantes que vistas desde su pueblo, como si se encontrara cerca del cielo y por ello pudiera verlas con tanta claridad. Pensó en sus padres y su hermano, en su conejito, que estarían muy preocupados por ella pues nunca regresaba tan tarde de la casa de su amiga. No pudo llorar, sus ojos no tenían agua aunque ella había tomado tanta. Se dirigió hacia la jarra donde aún quedaba un poquito de agua y con mucho cuidado metió la mano y se humedeció los ojos, con la esperanza de que volvieran a la normalidad y pudiera ver otros colores... y llorar también.

Fue así que de pronto vio cómo un punto luminoso que parecía un lucero azul se acercaba a su ventana y se detuvo para mirarla. Al menos eso creyó ya que el cuarto donde se encontraba estaba iluminado como si se tratara de un árbol gigantesco de Navidad con sus lucecitas encendidas al mismo tiempo.

De pronto sucedió algo verdaderamente asombroso: esa luz se fue haciendo más y más pequeña hasta poder pasar por entre los barrotes de la ventana. Fabiola estaba con la boca abierta. El lucero erraba por un lado y otro del cuarto hasta que por fin decidió posarse en la orilla del vaso. Al momento se escuchó una campanita de cristal y esa luz pequeña se posó en el suelo y fue haciéndose más y más grande hasta convertirse en... ¡un hada!

Fabiola sólo había visto hadas en los cuentos, así que cuando vio a ésta, y tan hermosa, sintió temor y fue apresurada a pararse junto a la puerta.

--No te asustes, Fabiola --le dijo con una voz tan melodiosa que parecía escucharse como si le dieran pequeños golpecitos a un cristal con las uñas—soy tu hada madrina y vengo a sacarte de aquí para llevarte a tu casa.

--¿Co... co... cómo te llamas, hada madrina? --preguntó sintiéndose con mayor confianza después de haberle escuchado decir justo lo que ella más deseaba: ¡regresar a casa!

--Tintinela --dijo la bella mujer que, por cierto, no llevaba ningún ápice de color azul encima de ella. Su vestido era rosa, hermoso igual al de una bailarina de ballet. En la cabeza lucía una diadema de rosas de colores tenues, lilas, amarillas y rosadas con hojas verdes. A Fabiola le recordó la muñequita del pastel de su cumpleaños. Tenía un rostro tan bonito que daba gusto contemplarla. Su cabello era rojo, resplandeciente, y sus ojos de mirada suave en un tono de verde almendra. ¡Su piel era blanca

sonrosada, y sus labios rojo cereza! Nada de azul, ni siquiera los zapatos, según observó Fabiola.

--Qué bonito nombre tienes, hada madrina. Pero por favor, aléjame pronto de aquí porque me están acusando sin motivo de que estoy comiéndome pedazos del cielo. Quiero volver a casa y no comer nunca más otra paleta azul, te lo prometo.

--Veré qué puedo hacer, pequeña niña, veré qué puedo hacer por ti --dijo pensativa-- dime, ¿cómo se llama ese tu pueblo donde el mago Rulo, el de las paletas encantadas, llegó a hacerte semejante jugarreta?

--Se llama Valle de las Flores --respondió, llenándose su rostro de alegría--es pequeño pero muy bonito, y aunque hace calor, mucho calor, la gente es muy afectiva; todos nos conocemos y nos tratamos como si fuéramos una sola familia.

--Pues bien, ¡al Valle de las Flores Acaloradas te irás y en un segundo ahí estarás pim pam pum, que esta niña pronto llegue a donde quiere llegar!-- y dando unos toques mágicos con su varita sobre la frente de Fabiola, la bella hada Tintinela quedó segura de que su misión estaría concluida pero, al abrir los ojos vio... ¡Oh! Qué desilusión, para nada había sido así. En vez de eso, de su destartalada varita apenas habían salido unas pequeñas chispas que en cuanto llegaron al suelo tristemente se apagaron. El hada puso una carita triste y Fabiola trató de animarla:

--Vamos, vamos, inténtalo de nuevo, querida hada --dijo con ansiedad viendo que, con esa varita, no iba a resultar tan fácil regresar a su casa.

El hada lo intentó una y otra vez pero ni la varita ni sus pases mágicos respondían a sus órdenes. Fue a sentarse a la cama, su hermoso vestido de tul y fina pedrería quedó extendido sobre la camita, el cual lucía bellísimo. In-

vitó a Fabiola a sentarse junto a ella, y así pudieran platicar un momento mientras la varita mágica se resolvía a obedecerla.

--Hada madrina Tintinela, dime si lo sabes, ¿por qué estoy aquí en este lugar, por qué me trajeron si yo iba contenta a la casa de mi amiga a jugar con sus muñecas?

--Mira, Fabiola, aquí suceden algunas cosas que resultan bastante extrañas. Desde que nombraron a la Reina Azul para sustituir a la Reina Blanca de las Nubes, se han creado conflictos a causa de su manera de ser. Fue así que un día se enojó mucho con todos, incluyendo a Rulo, el ayudante de “jardinería”, si así pudiera decirse, el encargado de dar forma a las nubes con sus tijeras, igual que un jardinero lo hace con los setos. La reina le exigía que diseñara su imagen en las nubes para que la gente cuando las viera la conociera. Le pidió que dejara de hacer conejos, caballos, cebras, jirafas y demás diseños que le parecían tontos y, según ella, tenía aburrido al mundo entero ya que no servían para nada; le ordenó que también realizara su rostro,, pero que lo mejorara.

Rulo se molestó mucho porque le parecía una idea odiosa utilizar su arte y sus tijeras en aumentar la vanidad de la Reina Azul, así que no le hizo ningún caso, siguió haciendo nubes en forma de colchoncitos, de rizos, de dragones y demás estilos que él disfrutaba crear. Entonces, en venganza, ella decidió echarlo del reino y Rulo se volvió malo. Desde entonces, se presenta en cualquier lugar caracterizado de la manera en que se lo imaginaría cualquier niña.

--No entiendo, hada Tintinela, ¿qué quieres decir con eso? —la interrumpió Fabiola.

--Pues que si Rulo llega a un lugar y de pronto ve a una niña que va pensando en una rosquilla, él se convierte en un panadero ambulante que vende exclusivamente

las rosquillas que la niña desea, entonces le regala una llena de magia y la trae hasta acá para enojar a la Reina Azul a quien no le gustan las niñas de ningún otro color más que las que le sirven a ella para colorear el cielo. Le pide a las asustadas niñas que participen con las guardianas y si se resisten a aceptar, deben ser devueltas a sus lugares de donde vinieron, y para eso nos hace llamar a nosotras las hadas.

--Pero entonces, ¿por qué no puedes llevarme a mi casa? ¿Por qué tu varita mágica no funciona? --agregó Fabiola bastante preocupada.

--Porque a mí también me ha castigado la Reina Azul --respondió bajando la cabeza.

--¿Qué ocurrió? ¿Cuál fue el motivo? --dijo, poniéndose de pie y quedando enfrente de ella.

--Porque no estoy de acuerdo en que las niñas lleven pintadas sus caritas de azul si antes no era necesario; con llevar los vestidos de tul, zapatos y flores de ese color era suficiente para que el cielo luciera tal como ustedes lo ven desde la Tierra. Ella me tachó de hada rebelde, por eso escondió mi varita y me dejó ésta que las niñas usan para jugar. Pero no te preocupes, porque no pudo robarme mis poderes y con ellos la haré funcionar de alguna manera o de otra, si no te llevaré a tu casa como sea, caminando, tomadas de la mano si es posible, por ese camino lleno de fantasía. Anda, no te desanimes, cambia tu carita triste e intentémoslo de nuevo --dijo, mientras se ponía de pie.

--¡Pim pam pum a la casa de Fabiola nos vamos ya!

El pase mágico no funcionó del todo pero al menos lograron salir del cuarto y llegar hasta el comienzo de la larguísima escalera que baja del cielo a la Tierra, justo en el primer escalón. Fabiola le había preguntado a Tintinea si no había alguna otra hada que estuviera dispuesta

a prestarle su varita o a llevarla a su casa, pero el hada le respondió que a esas horas ya habían salido a sus misiones y sólo ella quedaba, ya que la reina nunca le otorgaba trabajos fáciles sólo los complicados para meterla en problemas y regañarla después.

Viendo que la varita no daba para más decidieron irse caminando sobre esos escalones de nube azul que a Fabiola se le dificultaba tanto bajar. Bajaba uno y sentía que se hundía, pero Tintinela no la soltaba y la ayudaba a levantarse.

--¡Mira, Tintinela, parece que hay agua en esa nube! ¿Es agua, verdad?

--Sí, Fabiola, cuando las nubes están muy, pero muy altas, a veces acumulan agua y pareciera que tuvieran encima un espejo.

La niña no salía de su asombro mirando hacia un lado y otro, lo que le hacía perder el paso a cada momento sintiendo que se hundía y que el estómago le llegaba hasta la boca. Así, poco a poco, llegaron agotadas hasta el escalón 5 879 y tuvieron que sentarse a descansar en una nube muy acolchonada que las llamó para cobijarlas un momento y recobraran sus fuerzas. Fabiola, con sus ojitos llenos de tristeza, le preguntó si faltaba mucho para llegar a la tierra, pero la nube le respondió, para animarla, que faltaba menos de cuando comenzaron. Las nubes se veían nacaradas, con reflejos suaves de colores, y esto tranquilizó un poco a Fabiola.

De nuevo lo intentaron con la varita rota, pero que aún obedecía la magia del hada madrina, y ésta las llevó hasta el escalón 20 904. Llenas de alegría continuaron descendiendo un poco más, a ratos casi a gatas entre las nubes, otros, asustadas con los relámpagos o mojadas con la lluvia. Otras veces deslizándose con pases mágicos hasta llegar por fin a tierra y poner los pies en firme.

Fue un gran alivio para Fabiola, aunque había perdido sus zapatos, no sabía dónde, sentir que ya no se mareaba, como le había ocurrido en esa escalera encantada que no tenía principio ni fin, en la que no se acostumbró a caminar sobre las nubes y le había disgustado tanto la sensación de hundirse en cualquier momento. Tuvo miedo de caerse dentro de una regordeta nube que la cubriera por entero pues no sabría cómo salir y se perdería; peor aún que Tintinela no la encontrara.

--¡Al fin estamos en tu pueblo! --dijo el hada Tintinela a la niña, abrazándola llena de alegría.

--No te imaginas cuánto te admiro y te quiero, hada madrina, lo hemos logrado gracias a tus poderes y a tu bondad que hizo funcionar esta varita mágica de juguete.

--Sí --respondió el hada, emocionada también de haber sacado a Fabiola de ese extraño castillo— estamos ya en tu caluroso pueblo lleno de flores. ¡Uy, qué calor hace, de veras! --dijo, abanicándose con el movimiento de su mano.

--Pero aquí no hay ninguna flor, hada Tintinela, y nada de calor. Mira, todo está nevado, al menos eso creo que sea, ¡nieve, mucha nieve! Porque así he visto en los libros de cuentos. La nieve es blanca, cubre lo que quiere y hace frío, ¡y yo me estoy congelando!, mi cuerpo está tiritando.

--¡Pero no es posible! --Exclamó desconcertada el hada Tintinela— bien escuchaste que le ordené a la varita mágica que nos llevara al Valle de los calores.

--Sí, sí lo escuché hada madrina, pero te dije que estabas equivocada, mi pueblo no se llama Valle de los calores sino Valle de las Flores, que es muy diferente; con seguridad eso la confundió y nos trajo a este lugar que parece una nevera rodeada de altos pinos; mira las casas, tienen los techos cubiertos de nieve. ¡Hasta los nidos de los árboles están cubiertos de un manto blanco!

--Pim, pam, pum pues llévanos de inmediato a Las flores del valle –dijo otra vez de manera equivocada, Tintinela, y a Fabiola no le dio tiempo de corregirla porque de pronto se encontraron en una gran extensión de plantíos repletos de claveles y rosales, y no hacía calor. La pobre Tintinela se sentía apenada. Se quitó la diadema de flores que parecían estar hechas de merengue de pastel; las primeras capas de tul de su vestido las había perdido bajando por esos miles y miles de escalones, sus zapatillas de cristal hacía mucho que se le habían quebrado y ahora también andaba descalza; unido a todo esto el aspecto que tenía su varita mágica era cada vez más triste; más bien parecía una jovencita disfrazada con un viejo y deshilachado traje de hada que a una verdadera hada venida de las estrellas. Sin embargo seguía animosa de llevar a Fabiola hasta su casa. Lo conseguiría como diera lugar. Se lo había prometido y un hada, que se precie de serlo, tiene el deber de cumplir sus promesas.

--Pim pum pim –dijo, del cansancio que sentía— al Valle de flores y tulipanes llévanos aprisa, por favoor.

La niña iba a corregirla pero también estaba tan cansada de ir y venir de un lado al otro, que otra vez no le dio tiempo de decir nada cuando de pronto se encontraban rodeadas de miles de tulipanes holandeses rojos y amarillos. Hermosas mujeres, vestidas de una manera que la niña nunca había visto, y calzadas con zapatos de madera muy chistosos, se las quedaban viendo sin entender nada de lo que les decían.

--Pum pum pum, queremos ir a un lugar caluroso y tropical lleno de valles –dijo atolondrada el hada, y en un santiamén estaban las dos paradas en un lejano lugar de África que Fabiola sólo en libros había podido ver.

--Aquí sí hace calor, Fabiola, con seguridad tu pueblo quedará muy cerca –le dijo Tintinela tratando de entu-

siasmar a la niña, pero ella se sentía perdida viendo que el hada estaba confundida y que la varita mágica se encontraba cada vez más doblada. La niña y el hada empezaron a sudar y sentían que sus ropas se impregnaban de humedad.

--¡Mira, Tintinela, allá está el mago Rulo con su carrito de paletas! ¡Es él, es él! --dijo a gritos Fabiola.

--Por supuesto que es él, querida niña mía, vayamos a exigirle que nos saque de este lugar y nos mande de inmediato al Valle de los limones, a tu pueblo tropical y caluroso. ¡Aprisa!

Se acercaron al mago Rulo y él, al reconocerlas, el muy pillo se transformó en un panadero ambulante, pensando así que las confundiría.

--¿Qué vendes ahora, Rulo? --Le dijo el hada Tintinela muy molesta.

--Vendo rosquillas de canela, señorita ¿quiere su niña probar alguna? --dijo, sacando del fondo de una fuente de madera una dona que brillaba como si la azúcar y la canela que tenía encima fuesen pequeños cristales de diamantes.

--¿Y éstas a qué saben, mago Rulo? --Preguntó Fabiola con picardía— ¿a un pedazo de estrella?

--No, querida, estas no son mágicas, son completamente naturales --respondió escondiendo una sonrisa malévola.

--Ya déjate de cuentos, Rulo, y regrésanos de inmediato al pueblo de donde sacaste a esta niña; te ordeno que lo hagas antes de contar tres, y por favor, deja tus patrañas para otro momento.

Pero la niña tenía mucha hambre y los cristales de la dona centellearon en sus ojos y se le antojaron. Se la quitó a Rulo y no bien la había probado, Fabiola ya se encontraba de nuevo en la plaza de su pequeño pueblo

tropical y caluroso, pero al que ella amaba con todo su corazón.

--¡Hada Tintinela, aquí vivo! ¡Aquí vivo! ¡Por fin hemos llegado! –dijo, llena de euforia, dándole un beso a la hermosa hada que también estaba feliz de ver que por fin la niña se encontraba a salvo.

Con tristeza se despidieron. Pero por más intentos que el hada hacía para que su varita se enderezara y la transportara a las estrellas, esta no quiso obedecer. Fabiola la invitó a quedarse en su casa y esperar a que llegaran un par de luminosas hadas para llevarla de regreso. Lo que ocurrió dos días después.

Ahora a Fabiola ya no le gusta el color azul cielo, le parece un tono muy complicado, prefiere la gama completa del arco iris para no meterse en ningún problema de colores. Pero el mago Rulo conocía los secretos de todas las niñas y sabía que habría uno que fuese el favorito. ¿Será que prefiere el amarillo brillante como el sol? –se preguntaba cuando recordaba a Fabiola.

Sí, ahora ése era su color favorito, porque el sol da calor y hace crecer las flores, y eso era muy importante para Fabiola.

¡Ojalá que el mago Rulo no llegue a adivinarlo nunca! –pensaba la niña cada vez que recordaba su pasada aventura.

RUTH PÉREZ AGUIRRE. Mérida, Yucatán, México. Escritora, poeta y editora de Ediciones htuRquesa, cartonera; de profesión Maestra Normalista, egresada de SOGEM, José Gorostiza, Diplomada en Creación Literaria y Diplomada por el INBA en Actualización para Escritores. 2016.

Miembro de múltiples asociaciones literarias en el país y el extranjero. Cónsul de Poetas del Mundo por el Estado de Tabasco, México. Ha publicado dieciséis obras en diferentes géneros, novela, novela breve, literatura infantil, poesía y cuento. Su trabajo ha sido antologado en más de 50 obras, en inglés, español e italiano, ya sea como invitada, por su aceptación en concursos y por su participación en encuentros literarios. Ha colaborado en diarios y revistas. Ha hecho trabajos de traducción del italiano al español. PREMIO A LA TRAYECTORIA 2014 de SELAE. Milán, Italia.

En su cartonera tiene en su haber 16 títulos editados en 5 años, un concurso de cuento humorístico que lanzó en 2013, y una colección Infantil “Burbujas de colores” de poesía y cuento. Ha colaborado en programas poéticos de radio. Ha sido invitada a participar en ferias literarias en el país, en Estados Unidos, Cuba, Brasil y Bolivia, representando a México.

Este libro se terminó de imprimir en Santiago, Chile,  
septiembre 2016.-